

Fire & Gasoline. Entre-Historias.

Un mini-bocadito romántico.



Domingo, 26 de septiembre de 2010.
Boda de Abby y Evel,
Menorca.

Brandon despertó con una sensación de pesadez. Pasó un buen rato hasta que tomó conciencia de la realidad. Había bebido mucho más de la cuenta, lo cual explicaba que sintiera el cerebro entre algodones y que sus pensamientos parecieran moverse a cámara lenta. Ya era de día, aunque el nivel de

luminosidad de la isla donde se había celebrado la boda era tal, que le impedía calcular la hora.

Frunció el ceño al darse cuenta de que estaba al raso, en la misma tumbona de la terraza de su suite donde se había acomodado hacía mil horas, a degustar el último *bourbon* mientras dentro Hugo dormía como un tronco.

Volvió a cerrar los párpados y permitió que la modorra lo envolviera. Muy lentamente, su mente empezó a repasar las últimas horas. Había sido una noche de locura. Ya no recordaba la última vez que lo había pasado tan bien en una boda...

Tampoco recordaba la última vez que había deseado con tanta intensidad estar con una mujer... y había acabado estándolo tan poco. Aquel primer encuentro en el hueco de la escalera había sido estrictamente platónico. Tratándose de personas fogosas, ambos sabían que no sería suficiente y, en efecto, no lo había sido. Diez minutos a solas en un paraje alejado del convite, cuando ya era de madrugada, había servido para contentar esa otra faceta de su vida de pareja. Un alivio momentáneo y escaso. Confiaban en continuar más adelante, al final de la fiesta. Pero Hugo estaba tan excitado que había tardado mucho en quedarse dormido y, extraño en ellos, Brandon y Harley habían preferido acomodarse en sendas tumbonas de la terraza, que habían puesto muy juntas, y conversar en murmullos para no despertarlo, mientras miraban las estrellas...

Y esa última parte de la noche había sido incluso más alucinante que las horas precedentes, bailando y chapoteando en el mar mientras cantaban a voz en cuello...

Brandon volvió a fruncir el ceño. Lo que no recordaba era la despedida... ¿Se había quedado dormido sin más? Había bebido muy generosamente... Pero se resistía a creer que hubiera sido capaz de ponerle un broche tan lamentable a la mejor noche de su vida.

En aquel momento, Harley se movió y Brandon abrió los ojos y enfocó su vista en ella. Su cabello enmarañado, la cabeza apoyada contra su hombro, su cuerpo pegado al suyo, al que rodeaba con un brazo a la altura de la cintura....

El tatuador contuvo la respiración al comprender que la razón por la que no recordaba que se hubieran despedido era porque, en realidad, no lo habían hecho. Los dos se habían quedado dormidos.

¿Habían pasado la noche juntos? Sí, era la primera vez que amanecían juntos. Su corazón se aceleró y Brandon no pudo evitar acariciarle el pelo en

una mezcla de locura de amor y de necesidad de tocarla. De comprobar que no era producto de su imaginación. Que no estaba soñando. Era real; ella estaba allí, dormida, a su lado.

Las caricias pronto se convirtieron en una lluvia de pequeños besos que devolvieron a Harley a la conciencia de la mejor forma de todas; sonriendo.

—Si esta es tu manera de compensarme por diez miserables minutos de sexo en dos larguísimos días, olvídale... Tendrás que esmerarte más.

Su voz había sonado a ronroneo gatuno y Brandon, que no necesitaba de ningún estímulo para desear (locamente) empezar a compensarla en aquel mismo momento, se movió con rapidez. En un segundo, estaba en su tumbona, encima de Harley.

—Mmm... Esto está mejor —volvió a susurrar ella, rodeando con sus brazos el cuerpo del tatuador.

Él se acomodó de forma que nada molestara su campo visual. Quería presenciar su despertar, verlo con lujo de detalles. Cada parpadeo, cada gesto, cada respiración... Y sobre todo, ver cómo reaccionaba al darse cuenta de que no se había marchado, como hacía siempre.

—¿Quieres que te diga lo que estaría mejor? —susurró él, que en aquel momento se inclinó a mordisquear los labios femeninos—. Otras veces, a estas horas, solo llevo puestos mis tatuajes, y mírame ahora...

Brandon rió suavemente. No podía creer que los dos hubieran acabado la noche completamente vestidos. Ella sonrió con picardía, pero no abrió los ojos.

—Tus tatuajes y uno de tus alucinantes condones de fantasía que me dan tanto morbo... —precisó ella.

De pronto, Brandon cayó en la cuenta de que quizás eso que a él le hacía tanta ilusión, para ella podía ser angustiante. Habían bebido mucho y aunque «quedarse dormida a su lado» no era exactamente lo mismo que «quedarse a dormir con él», lo último que deseaba era que un exceso de realidad lo estropeará todo.

—Si quieres, podemos regalarnos un cuarto de hora en el baño... Hugo tarda en dormirse, pero su sueño es profundo y si te quedas calladita...

Harley abrió los ojos. Toda ella sonreía y a Brandon le encantó la imagen.

—Mmm, qué tentación... Tus erecciones matutinas son fabulosas... —susurró, y vio que la vanidad masculina desplegaba las alas.

—¿Solo las matutinas?

—Todas. Pero las de primera hora del día, cuando estás con las pilas a tope después de una buena sesión en el gym y rebasas testosterona... ¿Qué quieres que te diga? ¡Esas son memorables, chico!

Los dos rieron con complicidad, pero no acortaron las distancias ni dejaron de mirarse en ningún momento.

—Bueno, esta vez no hay sesión en el gimnasio, pero hay muchísimas ganas... Diez minutos después de casi dos días sin vernos es todo un récord para nosotros... Seguro que mantengo el pabellón bien alto.

—Seguro que sí.

La pareja permaneció mirándose en silencio. Sonreían, se devoraban con los ojos, pero no hacían el menor intento de consumir. Al fin, Harley echó un vistazo a su reloj.

—No quiero que vayamos al baño.

—¿No...?

Ella negó con la cabeza.

—No hay tiempo, BB. Declan está a punto de tocar a la puerta para llevarte a Londres y yo quiero ir contigo. Tenemos que levantarnos, prepararnos y despertar a Hugo.

—¿No vas a quedarte a la comida?

Se refería a un almuerzo que Evel y Abby habían dejado organizado para sus familiares antes de que regresaran a Londres. Después de recuperar su estatus de legítima viuda de James (y dejar de ser para su familia la oportunista que lo había abandonado en el peor momento de su vida), Harley también estaba convocada.

—No. Aquí ya he cumplido. Quiero ir a la convención contigo. Cuando lleguemos, habremos pasado sesenta horas con apenas diez minutos de sexo y nos encerraremos en el primer cuartucho con cerrojo que encontremos. Para entonces, tu pabellón estará tan alto que me quedaré afónica de tanto gemir. Ese es mi plan.

Brandon era perfectamente consciente de que su corazón latía tan a prisa que ella tenía que notarlo. Y, en efecto, así fue. Harley le acarició el pecho enternecido y una inmensa sonrisa apareció en su rostro cuando dijo:

—¿Te has dado cuenta de lo fácil que me resulta ponerte el corazón a mil, BB?

Él se metió en su boca apasionadamente y el beso fue largo.

—¿Te has dado cuenta de que has pasado la noche entera conmigo, Harley? —repuso él, mirándola intensamente.

La respuesta era «sí» y todavía seguía sin creérselo del todo. En especial, le costaba creer la total ausencia de preocupación. Había amanecido sonriendo al sentir sus besos y, por primera vez en años, no había habido sobresaltos ni deseos de echar a correr lejos de las pesadillas que la atormentaban. Cuánto había conseguido Brandon de ella, pensó. De qué manera más drástica había transformado sus días.

Y en esta ocasión fue Harley quién se metió en la boca de Brandon en un beso apasionado que le robó totalmente el aliento.

© 2020. Patricia Sutherland
Fire & Gasoline. Entre-Historias.
(Fragmento)